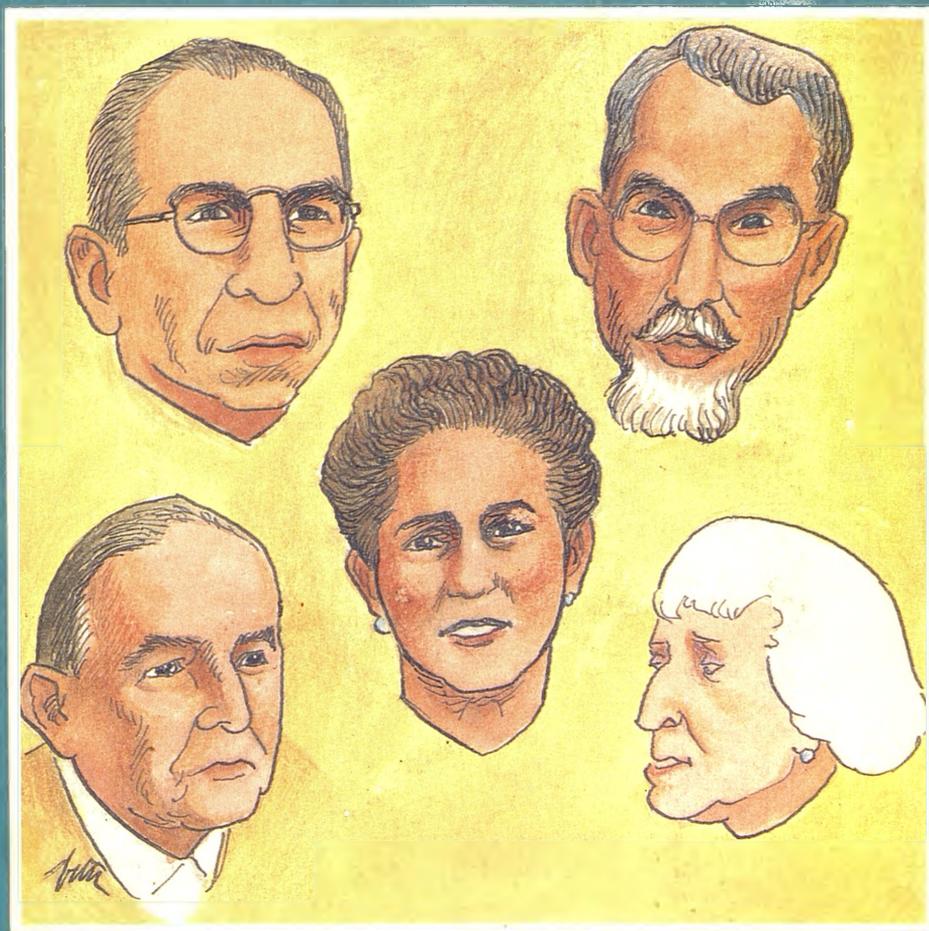


SABIDURIA POPULAR

Arturo Chamorro

EDITOR



EL COLEGIO DE MICHOACÁN

SABIDURÍA POPULAR

Arturo Chamorro
Editor



El Colegio de Michoacán

ÍNDICE

Agradecimientos	13
Presentación	15
Introducción: La historia contada, cantada y para verse <i>Luis González y González</i>	19
I. Arte verbal	
Folklore vivo/folklore transcrito en torno al cancionero folklórico de México. <i>Margit Frenk</i>	33
Algunas observaciones sobre el romancero tradicional de México <i>Mercedes Díaz Roig</i>	39
Las series enumerativas en la lírica infantil mexicana <i>María Teresa Miaja</i>	49
Y otra vez lo popular: poesía popular, identidad regional y comunidad cultural <i>Yvette Jiménez de Báez</i>	59
Refranes y refraneros <i>Herón Pérez Martínez</i>	73
II. Perspectivas de la etnomusicología	
Enfoque etnográfico en el estudio de la ejecución musical <i>Gerard Béhague</i>	93
Los juegos de garganta de los esquimales del Canadá Oriental <i>Nicole Beaudry</i>	101
Organología aplicada a instrumentos prehispánicos: silbatos mayas <i>Felipe Flores Dorantes y Lorenza Flores García</i>	109
La marimba de México y Centroamérica <i>Roberto Garfias</i>	119

III. Música indígena mexicana

Sobrevivencias de la música prehispánica en México	135
<i>E. Thomas Stanford</i>	
Alucinógenos musicales y música alucinógena	143
<i>Abraham Cáceres Díaz</i>	
Estilos de ejecución en la música indígena mexicana con énfasis particular en la pircua tarasca	153
<i>Henrietta Yurchenco</i>	
La música ritual como práctica cultural: el caso tzeltal-maya	165
<i>María del Rosario Pérez</i>	
La música maya: producción del significado musical en el oriente del estado de Yucatán	171
<i>Max Jardow-Pedersen</i>	

IV. Simbolismo y conocimiento

El simbolismo de las aves en las molas de los Kunas de San Blas	179
<i>Arnulfo Prestán S.</i>	
Estudio comparativo de etnoanatomía: kunas de Panamá, shuar del Ecuador y nahuas de México	191
<i>Axel Ramírez M.</i>	
Pasado y presente de la medicina tradicional mexicana	209
<i>Xavier Lozoya</i>	

V. Cultura y tradición en Michoacán

La Guatapera u hospital michoacano, antecedente a las Casas de la Cultura	219
<i>Francisco Miranda Godínez</i>	
Notas para tocar una tradición musical en Michoacán: los agustinos	229
<i>Álvaro Ochoa Serrano</i>	
Instrumentos musicales en las fuentes pictográficas del mundo purépecha	239
<i>Arturo Chamorro</i>	

Los mitos y las leyendas: de cómo una comunidad indígena se apropió de su historia	257
<i>Rosa Plá</i>	
La Japingua en la mitología purépecha	275
<i>Agustín Jacinto Zavala</i>	

VI. Folklore y educación

Educación e identidad nacional	291
<i>Constantino Rábago T.</i>	
La educación para los indígenas mexicanos y su folklore	299
<i>Erasmo Cisneros Paz</i>	
Preescolares y docentes frente a la tradición folklórica	309
<i>María del Carmen Díaz Mendoza</i>	
La relación entre profesores y alumnos con el folklore en la educación artística en el nordeste de Brasil	319
<i>José Nilton Da Silva</i>	

Homenajes

Vicente T. Mendoza y sus aportes a la investigación etnomusicológica y folklórica.	343
<i>Gabriel Moedano Navarro</i>	
La obra de la profesora Virginia Rodríguez Rivera	353
<i>Gabriel Moedano Navarro</i>	
Américo Paredes: El maestro y su obra	361
<i>Axel Ramírez y Arturo Chamorro</i>	
Henrietta Yurchenco: Pionera de la etnomusicología en México	371
<i>Arturo Chamorro</i>	
Fernando Horcasitas: Semblanza biográfica	375
<i>Francisco Miranda Godínez</i>	

Índice analítico	383
------------------	-----

NOTAS PARA TOCAR UNA TRADICIÓN MUSICAL EN MICHOACAN: LOS AGUSTINOS

Álvaro Ochoa Serrano

Hurgar un poco fuentes históricas para mostrar solamente algunas notas sobre una tradición musical en las faldas de la sierra, depresión y costa michoacanas es el motivo que llevan estas líneas por rastros, veredas y caminos que siguieron los agustinos en la parte centro y sur de su provincia llamada San Nicolás de Tolentino.

Se trata de llegar a las bandas de música y orquestas desparramadas en la meseta purépecha, y a los grupos de tierra caliente—con o sin arpa—, cuya tradición tampoco sería ajena a la influencia agustiniana.

Antes, diremos que los agustinos arribaron de la vieja España a la Nueva en 1533; en una primera entrega de siete misioneros capitaneada por fray Francisco de la Cruz quien decidió establecer un convento en la ciudad de México como punto de partida.

Pero al empezar sus menesteres cristianos los seguidores de fray Francisco de la Cruz encontraron ocupada la mesa central por franciscanos y el sureste por dominicos; así que marcharon rumbo al sur, hasta Tlapa y Chilapa, en donde hubo predicamentos.

Ya encarrerados, el virrey Antonio de Mendoza les pidió a otros, a través del provincial, que predicaran por el rumbo de Michoacán—larga provincia de norte a sur y de mucha gente— y que sirviera de entrada para tierra caliente, rincón olvidado “ora porque no había habido bastantes ministros para corrello todo, ora porque la tierra es la peor que tiene la Nueva España”.

Enterado por el virrey, Juan de Alvarado comunicó entonces al provincial agustino que él tenía un pueblo encomendado, Tiripetío, cuyas aldeas llegaban muy cerca de tierra caliente, pedía “que le hiciesen merced de ir a

poblar Tiripetío, prometiendo toda ayuda y servicio, y que desde allí podrían entrar y salir para tierra caliente”.¹

Ante tal petición, del dicho pasaron al hecho. Para allá se encaminaron, así nomás —como reza el Maracumbé—. Y la empresa también se extendió a Tacámbaro, encomienda de Cristobal de Oñate, segunda puerta de golpe para las dos partes de tierra caliente que llaman faldas de sierra y costa del mar del sur.

toda tierra tan áspera y tan desigual en sus sierras que unas parece se suben a las nubes y otras buscan el centro de la tierra, y así no es tierra que se trajina: ni los naturales buscan a los de afuera porque se destemplan con el frío; ni los de afuera les comunican porque se abrasan con el calor; y de ambas a dos partes Tacámbaro es la entrada. Echando mano izquierda corre Nuncupétaro hasta Ajuchitlán; y mano derecha comienza por la Aguacana, Tzinagua hasta la Costa.²

Con todo y ser esa bajada antesala terrible a los ojos de Basalenque a principios del siglo XVII, pese a trabas del terreno, el trajín se hacía entre arrieros y comerciantes de tierras templadas (del mismo Tacámbaro, Etúcuaro, Tiripetío, etc.) en las cercanías.³

Sin embargo, la nueva tarea agustiniana en el purgatorio terrenal no implicó el descuido de Tiripetío. Al contrario, en 1537, cuando los hombres de sayal creyeron que “ya estaban los más [de los naturales] catequizados”, emprendieron la edificación del pueblo y de la iglesia, tirando el nivel y la medida. Para ello vinieron maestros de México y más religiosos —entre ellos Alonso de la Veracruz— que se encargaron de las “fábricas espiritual y material”, mientras otros andaban todavía en la brega por tierra caliente.

Se ordenó el pueblo que no tenía traza; se introdujeron agua, ganados mayores, menores y menudos, también nuevos cultivos; y sobre todo, los agustinos se esmeraron para que los tiripitenses aprendieran “todos los oficios que son necesarios para vivir en policía”, en un mundo más urbano: sastrería, carpintería (por la cercanía de los montes arbolados), herrería; en fin, tras el aprendizaje llegaron a ser buenos tintoreros, pintores, canteros, tejedores, zapateros, cerrajeros, etc. Los que no eran oficiales criaban cerdos, otros ovejas; había quienes trataran en frutas “trayéndolas de acarreto con sus caballos de otras partes” o quienes amasaran y vendieran pan a los pasajeros que transitaban vía Pátzcuaro y Valladolid.⁴

Es de creerse que, tal vez, en este proceso de integración influyera el antecedente de organización vivido en la era de los cués, trueques, taparrabos,

arcos y flechas —que a veces se olvida— y el hecho de que Tiripetío fuera pasadera del camino real de Guatemala y Sinaloa, así como puerta de entrada a las minas de tierra caliente y arranque hacia el norte para las zonas chichimecas. Además, en dicha trama, el convento jugó un papel importante; precisamente destacaremos de la *Relación de Tiripetío* que

Es uno de los más principales monasterios que hay en la provincia de Mechoacán y más curioso en una cosa ha sido estremado y lo es hoy día [1580], y es en la capilla de música así de voces como de instrumentos de chirimías, flautas, orlos, vihuelas de arco, trompetas; todo muy amaestradamente, especialmente las chirimías que son las mejores de la Nueva España de indios; hay órganos, y todo esto tocan los indios los días señalados de fiesta. Es contento ver tocar toda esta música con muchas danzas de muchachos vestidos de sus libreas al propósito. Bailan a su modo algunas y otras al modo español que dan mucho contento.⁵

Considerado modelo de primera, “fábrica tan acertada que la experiencia ha enseñado lo útil de ella”, comentaría el cronista Matías de Escobar un siglo y fracción después en su *Americana Thebaida*. Sobre todo por las capillas de música que no faltaban en sus conventos y visitas.

El reclutamiento se hacía entre niños de ocho años poco más o menos; les impartían lectura y escritura, “y de todos aquellos que pintaban en más sonoros tiples, los dedicaban a cantores”, mientras que los incapaces de gorgorear, a sacristanes y escribanos; a los cantarines les enseñaban canto llano, figurado y de órgano, arte en el que salían “eminentes músicos”.⁶

Este oficio musical, agregado a los otros ya mencionados, tuvo mucho que ver en la vida de Tiripetío, escuela de todos los oficios para los demás pueblos de Michoacán —según Basalenque—; pero de eso “le vino gran parte de su ruina, por las salidas que hacían a otros pueblos, y no volvían”.⁷

En parte se puede medir la afirmación: solamente quedaron en el pueblo citado veinte tributarios en 1630 de los 264 y medio que había en 1601.⁸ El problema, complicado por falta de otros rastros, estaría en seguir los pasos a todos los oficiales y músicos emigrados.

Porque hablando de salidas, la entrada de los agustinos se alargó —aparte de Tacámbaro y anexas— hacia el suroeste. Mas antes de continuar, observemos que en Tacámbaro, el encomendero Oñate, por sugerencia de los religiosos, también levantó escuela “donde se enseñaron los cantores, y fue muy linda capilla de música de instrumentos y de arte de canto de órgano”.⁹

música y canto que si no cobijados seguramente corrieron hacia toda la tierra caliente suresteña.

Otro paréntesis: el provincial Juan de Medina Rincón supo que en tierra caliente sus religiosos andaban ligeros de ropa, casi en cueros, por el calor. Tal situación “desdijo tanto su observancia”, que mejor renunció a tales doctrinas: las de Pánuco en el Arzobispado de México y todas las tierracalientanas de Michoacán. Pero luego, ya en el papel de obispo de Valladolid (1574-1588) recapacitó y restauró “aquella dejación” llegando los agustinos michoacanos a tener en ese tiempo siete conventos de Doctrina, entre ellos Tzirosto. Con esta ganancia cerramos el paréntesis.

Tzirosto está a la bajada de la sierra, hacia el sur, camino a tierra caliente. Allí hubo convento establecido, con sus visitas recientes de San Juan Parangaricutiro, San Pedro Tzacán, San Felipe de los Herreros, San Francisco Corupo; y, más tarde, Santiago Tingambato. Todas ellas de buen comercio,

llevando de tierra caliente a pueblos españoles frutas, chancacas y mieles, porque tienen muchas mulas, y de las cosas de sus pueblos que se benefician en ellos, como son pinturas y bateas, embutidos, jarcia; todas cosas corrientes en pueblo de españoles.

Y en esos tratos y contratos tanto Zacán, Parangaricutiro, San Felipe y Corupo aventajaban a Tzirosto. Aunque la arriería y el comercio no es el tema central de tratar, es innegable que estas actividades sostuvieron la buena marcha de la tarea agustina.¹⁰

Parangaricutiro sería una muestra. Para arreglo y adorno del templo en un solo día se juntaron más de mil cien pesos entre los arrieros del lugar. Y viendo los demás pueblos y visitas de la Doctrina de la sierra “la suavidad con que se había hecho aquel ornamento, me recogieron cinco mil pesos —dice el entonces provincial Basalencque— para que en sus pueblos se echasen ornamentos, [...] porque toda aquella gente es devota”.¹¹

Fray Sebastián de Trasierra, enviado del convento de Jacona, fue a dar a Tzirosto con bastantes compañeros de andanzas religiosas. Pronto compuso la Doctrina “al modo en que él se crió y vio administrar a los primeros padres”. Construyó iglesia de cal y canto, sin descuidar el detalle del coro, ni el asunto de las fiestas.

Trasierra no batalló mucho en comunicar la versión europea del arte de Orfeo. Los serranos, de buen oído, no desentonaban. Bien enseñados, “cantan con destreza y tañen muy bien todos los instrumentos”. Pasada la

prueba de solfeo, destacaron los de Parangaricutiro y Zacán, “donde hay tanta curiosidad en la música del coro y doctrina que iguala a la de Tzirosto”.¹²

Quizás valga decir que la consolidación de Tzirosto por un lado, más las necesidades de atención de pueblos distantes por otro, dieron origen a los prioratos de Tingambato, San Felipe, San Juan y San Pedro Zacán. El primero merece una notita.

Tingambato, en medio de la sierra purepécha bajando a tierras calurosas, entre Tacámbaro y Tzirosto, se convirtió en enclave importante de la empresa agustina, asegurado con tierras de la finca azucarera de Taretan, con capital aportado por un Álvaro Pérez, sin que faltara asesoramiento agustino y mano de obra indígena y esclava; era

una hacienda muy bien aperada de lo necesario. Tiene muy linda iglesia, mucha plata, muy buenos ornamentos de telas y de sedas; y también le ha cabido a la cabecera [Zirosto] mucha parte desto y de allí le viene abundantemente el sustento a los religiosos de Tingambato, y lo que sobra de ordinario se aplica a las colectas y necesidades de otros conventos [...].¹³

Además de tal respaldo económico, con centros manufactureros de instrumentos musicales como Pátzcuaro y Paracho a la mano, Tingambato y sus visitas de Taretan, Zorumucapio y Ziracuaretiro no permanecieron alejados de la tradición melodiosa que se viene rastreando.¹⁴

Escobar afirma que el buen ritmo de los conventos se debió en mucho a la diestra mano del ilustre Alonso de la Veracruz, gobernador unos años del obispado michoacano por ausencia del titular Vasco de Quiroga, quien como director provincial había fundado antes el de Valladolid, cabeza de la provincia nicolaita; también el de Yuririapúndaro, colegio de ella; el de Cuitzeo, casa capitular; más los de Cupándaro, Charo, Guango, Tzirosto con Parangaricutiro, Zacán, San Felipe y los ya mencionados de Tingambato y Taretan.¹⁵

Nota que nos permite agregar algunos datos y números. En 1590 había cosa de trescientos frailes de la Orden de San Agustín (OSA) en la Nueva España y cincuenta conventos, veinte de los cuales todavía al doblar el siglo XVII aparecían en suelo michoacano. Cierto que si bien consolidaban posiciones ya no aumentaron más avances territoriales.¹⁶

Los hijos de san Agustín, hasta donde pudieron, se dedicaron entonces a asegurar “las obras emprendidas”. Eso no impide que hagamos algunas anotaciones: en San Juan Parangaricutiro compraron órgano, bajones y

chirimías para amenizar el culto de la iglesia; la capilla musical de Charo lucía “tanto como la de la Catedral [vallisoletana] en lo diestro”, o señalar que Tiripetío, debido a la continua emigración de sus moradores y por el desarrollo de la vecina Valladolid, iba a menos.¹⁷

No obstante, dos conflictos contribuirían a bajar el paso de la marcha agustiniana: el pleito interno entre peninsulares y criollos por la alternancia en los mandos, y el externo con los obispos y otras órdenes por la administración de parroquias y diezmos.

Y, por otro lado, vino la secularización de parroquias en manos de regulares a lo largo del siglo XVIII. Claro que con ella disminuyó la presencia de los religiosos augustos entre la grey; pero aun replegados en los conventos, cabe destacar la tradición musical difundida entre la plebe michoacana, tanto instrumental como de canto. En ese asunto, Escobar tiene otra vez la palabra para retocar que

la misma curiosidad se tenía para que aprendiesen los demás ministriles de bajones, órganos, trompetas, flautas y chirimías con los demás instrumentos de cuerdas como violines, arpas y vihuelas, y fueron y aún son tan primorosos y diestros que no tienen que envidiar las mentidas armonías de los Orfeos y Anfiones. Para los cantos y músicas les hacían las letras y tonos Nuestros Venerables Padres, de las cuales aún hoy [1725] perseveran muchas [...]¹⁸

Notorio es el subrayado, sobre la composición de letras, y en ese sentido los archivos agustinos de Michoacán, si es que sobreviven todavía, serían doblemente valiosos tanto por el repertorio propio como por el ajeno.¹⁹

Seguramente a estas alturas no faltara quien diga que los franciscanos también tocaron liras. Ni quien lo discuta; ni tampoco desconocer o ignorar que franciscanos y agustinos supieron aprovechar la inclinación de los michoacques por la música y la danza. Es muy sabido que ambas órdenes se valieron de la danza sincretizada de Moros y Cristianos, Cristianos y Chichimecas o Moros y Soldados, gracias a la comparsa musical, “pompa y boato semejante a la de las religiones prehispánicas”, en las que había gran participación general,²⁰ para llevar a cabo sus fines cristianizadores.

Pero en cuanto a la obra musical, particularmente en el área señalada al principio de estas notas, los antiguos ermitaños de san Agustín no cantaron mal; ya por la insistencia notada en el oficio de Orfeo aplicado a los servicios de la iglesia, ya por la permanencia de esa tradición encontrada, previos antecedentes de músicos, en los pueblos que estuvieron bajo su batuta.

No obstante, en la segunda mitad del siglo XVIII, durante lo tupido de la secularización de parroquias y doctrinas, la música rebasó los límites de la fiesta o función religiosa y se metió al trafique de las ferias. La famosa feria octubrina de san Lucas en Zacán sería una muestra ilustrativa del oficio hacia finales de esa época.²¹

Precisamente Lejarza escribiría en 1822 que los habitantes de Zacán “son dedicados a la música y su industria es hacer mantas; pero tienen cada año una feria en el mes de octubre, que produce alguna utilidad a su débil comercio”.²² Noticia que el canónigo Romero redondea en 1860: dicho pueblo “célebre por la feria que se hace en él todos los años, tiene regular iglesia, 1 200 habitantes y algún comercio; sus vecinos son aficionados a la música, al canto y a la trajinería”.²³

Hasta donde se sabe, Zacán, que de tiempo en tiempo mandaba tandas de gente a las minas de Guanajuato “y otras distantes”, tuvo la primicia de las ferias en el siglo dieciochesco que luego corrieron a otros pueblos de la meseta y periferia, como Peribán; y con las ferias se produjo el derrame de grupos musicales y más movimiento de instrumentos y voces del templo a las plazas, del pueblo a la iglesia, de lo alto de la sierra a la tierra caliente y viceversa.²⁴

En el centro y sur de Michoacán, casi para terminar la centuria número dieciocho, se recoge la siguiente información: danzan Moros y Soldados en los pueblos ex agustinos de Taretan, Ziracuaretiro, Zurumucapio y Tingambato, en el ex franciscano de Uruapan y en el secular de Ario; de Tacámbaro salen músicos que van a tocar a otras partes y en el templo tienen coro “decente y capaz” con órgano de 800 pesos. En el caluroso Churumuco, donde sacan del suelo diablitos de la cola, realizan la feria de la Concepción; y en Peribán hubo un trapiche agustino que hizo posible la fundación de una capellanía en Tzirosto.²⁵

No se pretende otra cosa sino advertir, de alguna manera, la sobrevivencia agustiniana en varios de esos lugares, claro, salvo Uruapan y Ario. Agreguemos que en la parroquia secularizada de Tingambato el cura se hallaba ausente, “administrando en su lugar un fraile agustino” o que en San Felipe de los Herreros la gente se quedó acostumbrada a hacer, “más por afecto que por devoción, la función de Sr. San Agustín”, cada año, el 28 de agosto, animada por el prioste, mayordomo, los capitanes de moros y soldados, “viejos y bailadores”.²⁶

También Tzirosto daba pie. El ya citado Lejarza asienta en los primeros decenios del siglo XIX que “la industria de sus habitantes, también músicos, es hacer bateas pintadas y su comercio su expendio, y poca arriería.²⁷ Romero, a su vez, continúa: “la población del casco es de 1 200 habitantes que se mantienen de fabricar bateas pintadas, de la trajinería con hatajos y del ejercicio de músicos en toda clase de instrumentos de viento”.²⁸

Por lo mismo, creemos que la filiación OSA de las bandas es clara, desde aquellas antiguas agrupaciones de atabaleros y trompeteros que acompañaban las danzas de Moros, las visitas de provinciales u obispos “con tambores, pífanos y la música de violines, clarión, tambora, guitarra, bajo y demás” o que daban el toque a otras festividades religiosas de la Meseta Purépecha y confines.²⁹

En cuanto a las mencionadas orquestas antes de la invasión francesa, Guadalupe Romero consigna para Charo que “las campanas y la orquesta [del lugar] son muy buenas”. Señala que, entre instrumentos de cuerdas, nos recuerda la escuela de canto y música que al declinar Tiripetío los agustinos establecieron en Charo y que fue “una de las más célebres del obispado”. Es posible que por extensión y difusión algo de ella quedara en estas tierras.³⁰

Para completar el tema aludido de bandas orquestas y grupos de arpa no vamos a la depresión del Tepalcatepec, a donde bajaban “bandas de músicos tarascos del interior”, sino a la tierra caliente del Balsas, terreno que pisaron los citados agustinos.

Región de minas y ganados, con población criolla, india y negroide, que disfrutaba su feria churumuqueña en el siglo XVIII y la no menos sonada de Coaguayutla en los meses de agosto y diciembre del XIX;³¹ en cuyos bailes o fandangos aparecerían también los grupos de arpa, algunos después desarpados.

Los únicos rastros musicales que se hallan sobre los agustinos por allá son las versiones del san Agustín Victorioso, adaptado por Juan Bartolo Tavira en las postrimerías del siglo XIX:

San Agustín Victorioso,
San Vicente y San Joaquín
hablaron de un herradero.
Les dijo San Agustín:
Mediante Dios, lo primero
tengo pensado una cosa
de hacer un buen herradero,
una fiesta primorosa.³²

La versión “michoacana”, abreviada, que publicó Alfonso Fabila en el Universal Ilustrado en 1933

San Agustín Victorioso
tengo pensado una cosa
mediante Dios lo primero
de hacer un buen herradero
y una fiesta primorosa.³³

Hasta el grado de desaparecer San Agustín en una parodia y dejar sólo a los animales en un relato comunicado por Cástulo Benitez de la Paz:

Voy a cantarles, señores,
para divertir un rato
que a un ratón entre un guaje
se lo iba a chingar un gato...³⁴

A modo de salida, quede al etnomusicólogo, historiador de la música y afines verificar con técnicas y métodos más precisos lo que se ha dicho; aquí únicamente se hurgaron bibliografías, varios archivos y se hicieron algunas anotaciones.

NOTAS

1. Diego Basalencque, *Historia de la Provincia de San Nicolás de Tolentino de Michoacán*, México, Jus, 1963, pp. 25-30.
2. *Ibid.*, p. 47
3. Álvaro Ochoa y Gerardo Sánchez (ed.), *Relaciones y Memorias de la Provincia de Michoacán. 1579-1582*, Morelia, Ayuntamiento de Morelia-Universidad Michoacana, 1985. *Inspección Ocular en Michoacán*. Introd. y notas de José Bravo Ugarte, México, Jus, 1960, p. 165.
4. Basalencque, *op. cit.*, pp. 59-60. Ochoa, *op. cit.* En 1536 había un agustino en Santa Fe que impartía lecciones de gramática, enseñaba a leer y escribir a muchos niños y adiestraba a otros para cantar en los servicios religiosos. Benedict Warren, *Vasco de Quiroga y sus hospitales pueblos de Santa Fe*, Morelia, Universidad Michoacana, 1977, p. 72.
5. Ochoa, *op. cit.*
6. Basalencque, *op. cit.*, pp. 62-63. Matías Escobar, *Americana Thebaida*, Morelia, Balsal edit., 1970, p. 119.
7. Basalencque, *op. cit.*, p. 60.
8. Ernesto Lemoine, “Documentos para la Historia de la Ciudad de Valladolid, hoy Morelia”, *Boletín del Archivo General de la Nación*, Segunda Serie, t. III, N. 1, México, 1962, p. 74. *El Obispado de Michoacán en el siglo XVII*. Nota preliminar de Ramón López Lara, Morelia, Fimax, 1973, p. 206.
9. Basalencque, *op. cit.*, p. 85.

10. *Ibid.*, pp. 211-213. Al sur, ya en tierra caliente, existía un lugar llamado Choritiro u Oztiro y su vecindario procedía de Tzirosto. *Memoria del General de División Manuel González...*, Morelia, Imp. del Gobierno, en Palacio, 1877, p. 95.
11. Basalencque, *op. cit.*, p. 264. Si no hubo tanta suntuosidad en la construcción de templos y conventos se debió a los frecuentes temblores en la zona. *Ibid.*, p. 213.
12. *Ibid.*
13. *Ibid.*, pp. 221-222. En 1630 la hacienda tenía dos religiosos, sesenta esclavos, “más otros sesenta indios y mulatos”; rendía anualmente dos o tres mil arrobas de azúcar. *El Obispado...*, p. 209.
14. Basalencque, *op. cit.*, p. 216. Antonio de Ciudad Real, *Tratado Curioso y Docto de las Grandezas de la Nueva España*, México, UNAM, 1976, II:76. Ochoa, *op. cit.*
15. Escobar, *op. cit.*, p. 196.
16. Antonio Rubial García, *Una Monarquía Criolla. (La provincia agustina de México en el siglo XVII)*, México, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, 1990. Roberto Jaramillo Escutia OSA., *Los Agustinos de Michoacán. 1602-1652. La difícil formación de una provincia*, México, 1991. *El Obispado...*, pp. 199-218.
17. David Zavala Alfaro, *Agonía y éxtasis de un pueblo. San Juan Parangaricutiro*, Morelia, Fimax, 1974, pp. 33-35. Escobar, *op. cit.*, pp. 119, 413. Lemoine, *op. cit.*, pp. 41, 74, 81 y ss.
18. Escobar, *op. cit.*, p. 119.
19. El archivo moreliano del conservatorio de las Rosas tiene lo suyo; pero el material musical se conseguía ya elaborado. Gloria Carreño, *El Colegio de Santa Rosa María de Valladolid, 1743-1810*. Morelia, Universidad Michoacana, 1979, pp. 132-134.
20. Arturo Warman, *La Danza de Moros y Cristianos*, México, SEP-Setentas, 1972, p. 92. Carl Lumholtz, *El México desconocido*, Nueva York, Charles Scribner's Sons, 1904, II:369.
21. *Inspección Ocular...*, p. 95.
22. Juan José Martínez de Lejarza, *Análisis Estadístico de la Provincia de Michoacán*. Int. y notas de Xavier Tavera Alfaro, Morelia, Fimax, 1974, p. 142.
23. José Guadalupe Romero, *Noticias para formar la Historia y la Estadística del Obispado de Michoacán*, México, Imp. de Vicente García Torres, 1862. Edición facsimilar *Michoacán y Guanajuato en 1860*. Estudio preliminar de Agustín García Alcaraz, Morelia, Fimax, 1972, p. 96.
24. Gonzalo Aguirre Beltrán, *Problemas de la Población Indígena en la Cuenca del Tepalcatepec*, México, Instituto Nacional Indigenista, 1952, pp. 98-223. Archivo Histórico del Centro de Estudios de la Revolución Mexicana “Lázaro Cárdenas”. Jiquilpan. Col. José Dolores García, leg. 10, Caja 3, exp. 64.
25. *Inspección Ocular...*, pp. 101, 103, 105, 107, 111, 151. *El Obispado*[...], pp. 190-209.
26. *Inspección...* p. 106. Noticia de San Felipe en Archivo de la Catedral. Zamora(ACZ) *Pindequario de Charapan y sus dos Pueblos Anexos a Saver Sn. Felipe y Curupo*. 1813-1819, f. 17v.
27. Martínez de Lejarza, *op. cit.*, p. 142.
28. Romero, *op. cit.*, p. 96.
29. Ciudad Real, *op. cit.*, II:81, 85. ACZ, *Pindequario...*, f 15
30. Romero, *op. cit.*, p. 54. Subrayado de A. O. Romero encontró que los agustinos “crearon gran número de composiciones que aún [en 1860] se conservan en los pueblos que gobernaban” [*sic*], aunque la cita parece copia tomada de Escobar.
31. *Ibid.*, p. 244. En los días de feria cambiaban ganados y quesos por jabón, harina, tabaco, etcétera.
32. Vicente T. Mendoza, *El Romance Español y el Corrido Mexicano*, México, Ediciones de la Universidad Nacional Autónoma, 1939, p. 753.
33. *Ibid.*, p. 761.
34. San Lucas, Mich./Ciudad Altamirano, Gro., enero de 1980.